

## Capítulo 1

—¿Dónde se lo llevan?

Julia coge la mano casi inconsciente de Cris como último recurso para retenerlo. Varios hombres lo agarran sin delicadeza e intentan llevárselo de su lado y sin explicaciones.

—Déjalos, Julia —le susurra Lucas mientras tira de ella, separándola de Cris.

Nadie se ha detenido con su pregunta, ni Lucas, ni Bruno, ni Edith... Nadie. Como si ni siquiera la hubieran oído. Todos se adentran en el túnel mientras Julia los observa confundida. Quizá si tuviera más fuerzas sería capaz de enfrentarse a ellos, pero después de haber estado retenida y sin apenas haber comido en semanas su determinación se desvanece con facilidad. Se deja llevar rindiéndose a Lucas mientras Edith da instrucciones.

—No confiéis en nadie. Aquí no hay amigos, aquí solo hay aliados. Si queréis conservar algo, vigiladlo. Si no queréis tener ningún problema, pasad desapercibidos. Aquí la gente va y viene, no se pregunta quiénes son ni qué hacen. La mayoría mentiría. Y no pelearán por vosotros. Si no hay preguntas no hay respuestas incómodas. Esto es peligroso, no lo olvidéis.

Julia escucha sin pararse a pensar lo que están diciendo, se conforma con seguir andando, con no derrumbarse allí mismo. El lugar es tan oscuro que apenas se puede ver nada. Paredes de hormigón y piedra, unas más abandonadas que otras, pasadizos y túneles similares, un laberinto aparentemente abandonado de vida en el que Edith se mueve como pez en el agua. Solo unos focos como antorchas iluminan levemente el camino. La suciedad lo llena todo, o quizá sean el murmullo y las miradas inquisidoras que los acompañan a cada paso las que hacen que todo parezca más desasosegante, más negro. Siente náuseas. Las piernas empiezan a temblarle y lo que antes era el suelo ya no sabe distinguirlo de la pared, del techo. Julia tropieza y ni la fuerza de Lucas puede detener el impacto que la deja sumida en un negro aún más profundo.

—Venga, tienes que despertarte y comer un poco.

Un anciano la observa. Continuamente le pasa una tela empapada por la frente y Julia va recuperándose poco a poco.

—¿Dónde...?

—Bienvenida —le susurra con una sonrisa mientras se aleja un momento para traer lo que parece un cuenco con sopa y algo de pan.

Cuando Julia da el primer sorbo se da cuenta de lo hambrienta que está y devora todo en apenas unos segundos.

—Te sentará mal —le advierte el hombre mientras recoge unas gasas que tiene metidas en una palangana con agua turbia.

Julia, mientras termina el último trozo de pan, mira a su alrededor. Las mismas paredes oscuras, apenas luz, únicamente unas antorchas en las paredes y una linterna sobre la mesa. El anciano la ve observarla:

—Para las operaciones difíciles —le dice como explicación.

Todo está sucio, polvoriento y húmedo. Hasta el colchón donde Julia se halla tumbada lo está. Recuerda la catedral y cómo la tenían acondicionada y se estremece pensando en que este será su refugio a partir de ahora. Entiende que los que llegan únicamente están de paso.

—¿Eres el médico?

El anciano se echa a reír con una carcajada sonora y bastante burlona para después contestar, en tono condescendiente:

—Tenía cerdos, los cuidaba yo mismo.

Julia se estremece, pero no es capaz de llevar su pensamiento más allá porque un grito penetrante y conocido le llega desde alguna parte al otro lado de la pared.

—Cris —susurra.

Se levanta aún tambaleante tirando los cuencos de la comida al suelo.

—¡No podrás hacer nada! —le espeta el anciano intentando detenerla.

Pero Julia siente nuevas fuerzas, al menos puede caminar y contiene el aliento como si así pudiera ayudar a Cris, como si pudiera darle el aire que él grita.

Sale por la puerta y gira a la izquierda; cada estancia es igual a la anterior, túneles, paredes empapadas y llenas de moho y los gritos de Cris retumbando, llenándolo todo.

—¡Cuidarán de él! —le grita el anciano a su espalda intentando calmarla, pero Julia sigue la voz de Cris, ya casi sin ver nada, con los ojos llenos de rabia, lágrimas y sobre todo miedo. Llega a la entrada de la habitación donde está él; no hay puerta ni luz más allá de donde se encontraba ella, ni siquiera hay ningún aparato médico, nada. Únicamente dos hombres y una mujer, con la ropa cubierta de sangre, se inclinan sobre él, tumbado de espaldas. Cris está consciente y mira a Julia nada más entrar. No puede aguantar un sollozo al verla y Julia no necesita

nada más para acercarse corriendo y darle la mano mientras le acaricia la cabeza.

—No tenemos suficiente morfina —le dice uno de los hombres a modo de disculpa, porque Cris está soportando mucho dolor— y sus heridas son muy profundas.

—Que sigan, lo soportaré —le susurra Cris a Julia mientras le estrecha la mano con fuerza.

Julia asiente mirando al hombre desconocido, más joven que el anciano que la ha atendido a ella, y espera que más preparado.

—Te pondrás bien —le susurra Julia mientras le acaricia la frente, cubierta de sudor.

Cris aprieta los dientes para intentar soportar el dolor. Unas veces se queda semiinconsciente, otras abre los ojos y mira a Julia, que le devuelve la mirada y lo recibe con una sonrisa siempre que él la necesita. En todo momento Julia cuida de él; le acerca un cubo cuando necesita vomitar, le susurra para distraerlo:

—¿Te acuerdas de cuando nos conocimos? —le dice con cariño—. Te vi caminando por el comedor, todos se giraban a tu paso, te miraban, sobre todo ellas. —Y sonrío al recordarlo.

—Eso no es cierto —balbucea él entre muecas de dolor—, solo me temían.

—A mi hermano sí, pero a ti te deseaban. Estabas tan guapo... y fue tan bonito lo que hiciste por mí... Nunca olvidaré cuando bailamos en el salón de actos con la música de mi madre...

—Yo tampoco —le susurra él mirándola a los ojos.

Julia sonrío con todo el amor del que es capaz.

—Un poco más, estamos acabando —le advierte una mujer joven con facciones durísimas y mil marcas en la piel.

—Ya casi está... —le transmite Julia con una sonrisa.

Él asiente levemente y aguanta unos segundos más. No suelta la mano de Julia ni un solo segundo.

—Hemos acabado —dice el hombre apenas un minuto después—. Debe descansar. Si no puede soportar el dolor dale esto; ahora tiene una dosis, pero necesitará más —le dice mientras le entrega una jeringuilla.

—No sé cómo hacerlo —contesta Julia asustada, mirando el artilugio en su mano.

—Aprenderás. Tampoco nosotros éramos médicos y aquí estamos.

Cris los observa con cara de horror al darse cuenta de que no tiene ni idea de en manos de quién ha estado.

—No te preocupes, hemos visto mucha gente torturada, uno aprende con el tiempo —le dice cuando va a irse—. Ah, y elija muy bien el momento de darle la morfina, porque no tendrá más, no hay precisamente abundancia de medicinas por aquí, nadie suele quedarse mucho tiempo.

Dicho esto, el hombre y sus ayudantes se marchan, por lo que la pareja se queda a solas.

—¿Te quedas conmigo?

Julia acerca una caja para sentarse algo más cómoda y asiente:

—Todo el tiempo.

Cris cierra los ojos y se sumerge en un profundo sueño.

Han pasado varias horas. Cris sigue sumergido en un sueño agitado que no deja de asustar a Julia. Ella permanece a su lado. A veces le vence el cansancio y cierra los ojos sentada allí mismo, solo por el placer de obviar todo lo que está a su alrededor, por concentrarse en la piel de Cris cogiendo su mano y olvidar lo que ha ocurrido hasta ahora. Julia siente que debería

estar triste, que cuando uno pierde a alguien es ese sentimiento el que debe embargarle, pero por alguna extraña razón lo único que siente es rabia. A veces le inunda tan completamente el cerebro, la sangre y el corazón que cree que puede estallar, que puede golpearlo todo, anularlo todo, destrozarlo. «Pero no debería sentirme así —piensa—; debería estar triste, llorar, agarrarme a Cris y salvar la vida». Y sin embargo...

—Julia, ¿cómo está?

Lucas se asoma por la puerta. Su aspecto ha cambiado, se ha puesto ropa limpia y aún tiene el pelo mojado después de una ducha. «Está impresionante», piensa Julia. Se mira a sí misma y por primera vez se da cuenta del aspecto que tiene. Lleva días sin lavarse, con la misma ropa con la que estuvo encerrada, ahora toda manchada de la sangre de Cris.

—Estoy horrible —susurra con vergüenza casi más para sí misma.

Lucas no esperaba esta reacción y sonrío:

—No es tu mejor momento, mofletes, es cierto —dice con sorna.

Julia sonrío también.

—Si vienes te echo una mano con esa ropa —añade con coquetería.

Ella niega con la cabeza y dibuja una sonrisa divertida, pero inmediatamente después se siente culpable, Cris está a su lado aún durmiendo.

—Debería quedarme con él.

Lucas también se pone serio:

—Si quieres me quedo yo, tú deberías lavarte, te sentirás mucho mejor.

Julia lo piensa unos segundos; quiere quedarse con Cris, pero ahora que es consciente de su aspecto, necesita quitarse toda esa suciedad de encima. Quizá así se vaya la rabia con ella.

—Si se despierta... —empieza a decir enseñándole la jeringuilla.

—Tranquila, sé hacerlo.

Ella asiente, siempre olvida todo lo que ha tenido que vivir Lucas. Él se acerca a Cris y coge el asiento donde Julia ha pasado las horas. La mira con sorna y hace un gesto para limpiarla:

—Estás guapa, mofletes, pero das un poco de asco.

Julia suelta una carcajada mientras se dirige a la puerta.

—Al final del pasillo hay una habitación, encontrarás unos cubos con agua y unas toallas. No hay muchos lujos, pero te sentirás bien —le explica Lucas.

Julia sonríe y los deja solos. Ya solo piensa en sentir el agua sobre ella, en quitarse la suciedad y las vivencias de una vez.

Sigue las instrucciones de Lucas intentando no tocar ninguna de las paredes. Parece una incongruencia lavarse en un lugar que aparentemente está cubierto de humedad y polvo. Pero al menos no lo llevará encima. Camina por el pasillo desierto hasta la puerta indicada y llama por si acaso. Nadie contesta, así que se decide a abrir. La habitación es igual de oscura, pero hay un desagüe en el centro, varios cubos llenos de agua y un rústico banco de madera medio podrida por la humedad. Sobre él, una toalla, una esponja y una jaboneta. Julia no espera ni un momento, le da igual la temperatura del agua, no le importa lo más mínimo que la puerta no tenga cerrojo, que la habitación apenas tenga luz... No le importa nada, solo quitarse la ropa sucia y volver a ver su piel limpia.

Se desnuda con rapidez, sumerge la esponja en el agua y la coloca en contacto con su piel. Está fría, no es precisamente reconfortante, pero solo el ver las manchas yéndose de su cuerpo la relaja. Pasa la esponja con jabón una y otra vez mientras piensa: «¿qué va a pasar ahora? ¿Se marcharán? ¿Se quedarán allí?». Este no es un lugar para permanecer, es simplemente un

camino, un paso hacia el otro lado, es lo que defendía Edith, y supone que es lo que tendrán que hacer. Eso o luchar, quedarse junto a Lucas. Demasiado pronto para tomar decisiones, demasiados recuerdos para olvidar. Su madre, su padre..., ha perdido tantas cosas... Ni siquiera tiene la partitura de su madre, ni eso ha conseguido salvar después de todo. Al menos Bruno está con ella, al menos él se queda a su lado. Si no estaría... sola. Julia siente que no puede respirar, la palabra retumba en su mente sin darle tregua. «Sola», «sola», «sola...», se repite una y otra vez hasta que se queda sin aliento, se ahoga, le falta el aire, cae de rodillas y las lágrimas se deslizan por su rostro. La rabia vuelve a inundarla, vuelve a sobrepasarla, a llenarlo todo de rojo y a agotársele en la garganta haciéndola gritar. Julia siente que va a morir, que se va a ahogar entre esas paredes, entre sus propios gritos, que parecen de otra persona. Ni siquiera oye la puerta abrirse, ni a Edith entrar, coger la toalla y cubrirla.

—Tranquila, ya está, todo ha pasado —le susurra al oído, arropándola y acunándola como si fuera una niña—. Lloro todo lo que tengas que llorar.

Y Julia le hace caso abrazada a ella, por todo lo que ha perdido, por lo que no tiene y porque nunca podrá recuperarlo.